

El Gran Muelle

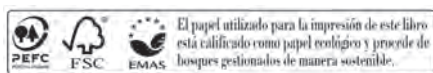
Uxue Juárez Gaztelu



erein

EL GRAN MUELLE

Perceval, 9



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: Septiembre de 2022

Ilustración de cubierta:

Araiz Mesanza

Maquetación:

Erein

© Uxue Juárez Gaztelu

© EREIN. Donostia 2022

ISBN: 978-84-9109-854-6

D. L.: D 1068 - 2022

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

erein@erein.eus

www.erein.eus



Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

EL GRAN MUELLE

UXUE JUÁREZ GAZTELU



erein

*A esa pequeña pirata que llevas dentro:
navegando, sobre la cresta de la ola,
nos reconocemos.*

Ottori, nire pirata txikiari.

Todas las historias comienzan en un bosque.
Había una vez un lobo
y en el cráneo del lobo el dibujo de un pájaro.

MARÍA JOSÉ FERRADA

un movimiento hacia la luz
el aire desplazando una hoja de olivo
hay algo vegetal en todo esto es
como si fueran a salvarse las frutas se acerca
una hilera de gorriones
transparentes

LUZ PICHEL

El maizal puede vencer al guerrero.

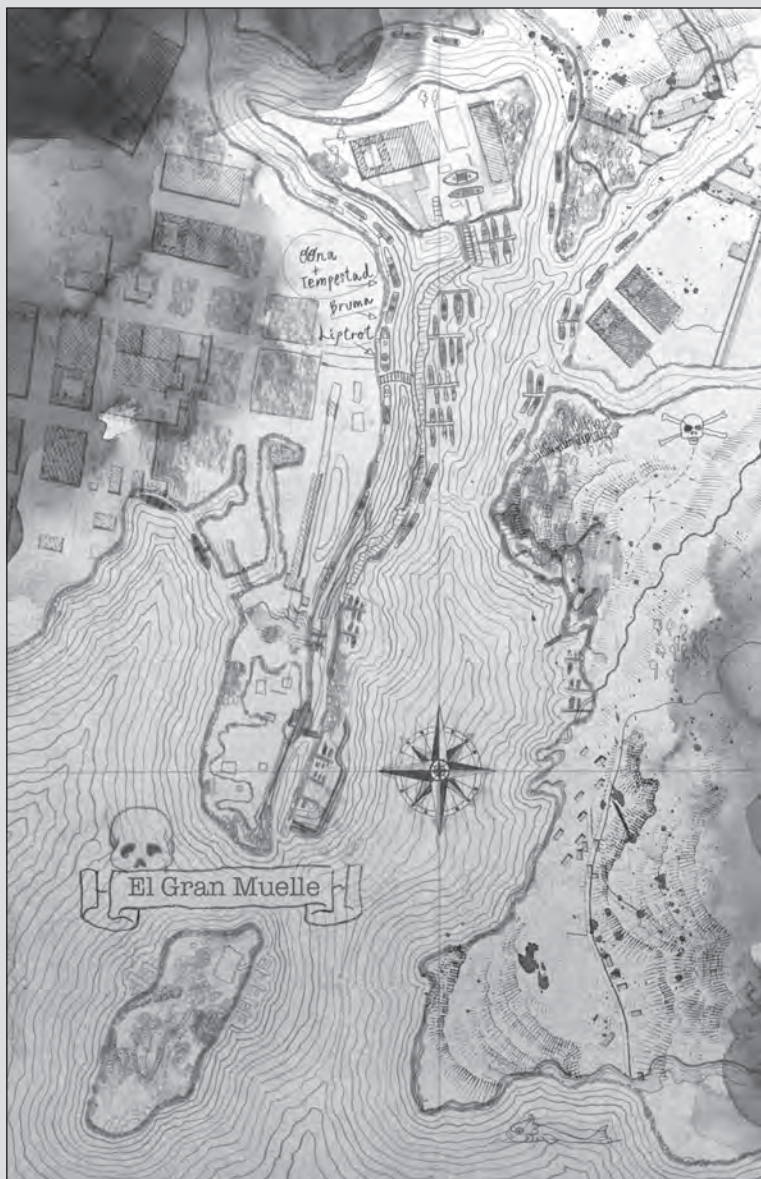
PROVERBIO KIKUYU

TODO LO QUE SÉ DE BARCOS ME LO ENSEÑÓ BRUMA FLOATER.
PARA ELLA ES ESTE CUADERNO DE VIAJE QUE ME HA
ACOMPAÑADO DURANTE AÑOS.



La Gran Ciudad





Quien se acerca al Gran Muelle lo hace buscando alejarse del trajín de los rascacielos de la Gran Ciudad. En apariencia, el muelle no tiene nada de particular, pero, si haces *zoom* y prestas atención, verás a Geraldine persiguiendo a Rufus, el hámster del señor Liptrot Lachlan, a Tempestad Langstrump con el buzo lleno de herramientas con las que restaurar barcos y a un grupo de unas seis personas, sus aprendices, siguiendo con cautela todas sus explicaciones y evitando emitir cualquier sonido que pueda importunarla porque, cuando alguien interrumpe a Tempestad, sus cejas se arquean como una ola y, entonces, su voz estalla con ímpetu, como si bramara contra las rocas. Además de nuestra vecina la señora Bruma Floater, puede que la única persona que no tema los ataques de Tempestad sea yo, Oona, su hija. Mi madre es mi madre y, con una

madre, ya se sabe; ella te tiene tomado el pulso y tú también a ella.

El primero en llegar al Gran Muelle fue Liptrot, un carpintero ribereño jubilado. Es él quien recuerda con mayor nitidez cómo empezó todo y cómo nació la comunidad del agua. Siempre se presenta como una especie de viejo marinero y consejero del Gran Muelle, pero sé que con mis interpelaciones le hago dudar, y cuando eso ocurre, el pobre Liptrot lanza un «deja de hacer preguntas impertinentes, mocosa», y me aparta con la mano como si espantara una mosca. No me enfado. En realidad, Liptrot me hace gracia. Me gusta ponerlo nervioso y él no se da cuenta de que estoy bromeando. Es un viejo cascarrabias.

Quien realmente sabe de barcos, peces y plantas acuáticas es Bruma, la vecina; una señora larguirucha que siempre está de buen humor. Tiene una especie de sexto sentido, como los gatos. Puede que por eso tenga tantos. Dice que son su familia. Además del señor Liptrot, mi madre y el resto de los habitantes del canal, claro.

Cuando echo la vista atrás, compruebo que todo lo que sé de barcos y navegación me lo enseñó Bruma Floater. A ella le debo en parte el haberme convertido en pirata. Bueno, a ella y a los habitantes del agua. Y al libro de tapas rojas que leía en bucle

cuando era pequeña. Ahora que ha llegado el día de mi partida, el estómago se me encoge un poco porque, de algún modo, estoy marcando un punto final en el relato de nuestra historia colectiva. Aunque, bueno, a menudo, un punto final es un punto de partida. Según cómo se mire.

Esta historia trata de cómo a veces, sean piratas o no, las personas se anudan y apoyan entre sí hasta crear una red terca, resistente y firme, y de cómo yo, Oona Langstrump, me convertí en pirata.

Como en todas las historias, al principio, en esta también había un lobo, pero poco a poco, sus habitantes llenaron su boca de plumas, semillas y ramas. Y donde había un lobo, creció un árbol y después otro y otro. Y en cada árbol dibujaron un pájaro.

Esta historia habla del día en el que del bosque surgió el primer trino.

– VERANO –

– Capítulo 0 –

EN EL QUE BRUMA FLOATER SE HALLA ESCUCHANDO
EL CANTO DE UN PETREL CUANDO LIPTROT LACHLAN
ENTRA EN LA BARCAZA

—Esta noche han llegado otras dos y han ocupado el barco azul que nos quedaba libre. —Bruma se muerde un mechón de pelo mientras informa a Liptrot—. Las he encontrado durmiendo sobre unos sacos en el muelle. La madre hacía crujir los nudillos y se quejaba de la humedad. Pasaba el brazo por encima del hombro de la niña y le decía que todo iba a ir bien, que no se preocupara. Pero a mí no me engaña. Sus ojos la delatan. Tiene el rostro de esas personas que ocultan una tristeza oscura y pesada y que observan alerta el mundo, como un búho. He conocido a unas cuantas de esas. Tenemos que informar al resto. En el canal la vida es cada vez más complicada.

—Sí. Hay que organizarse.

– Capítulo 1 –

AQUELLO QUE TEMPESTAD QUIERE OLVIDAR Y EN LO QUE OONA NO QUIERE PENSAR CUANDO BRUMA LES PREGUNTA POR EL MOTIVO QUE LAS HA LLEVADO A PASAR LA NOCHE EN EL MUELLE

Bruma termina de freír el pescado y sale de la cocina con dos platos. Se los ofrece a Tempestad y a Oona, que ya se han acomodado en la barcaza que les han prestado. Se remueven en las sillas y no saben por dónde empezar. Bruma aguarda sin decir nada, como un enorme signo de interrogación. El silencio se alarga, así que las anima a hablar.

—¿Y qué os ha pasado exactamente? —pregunta mientras se sienta.

—Nos echaron. Tiraron la puerta abajo. —Tempestad se apoya en la mesa y se sostiene la frente con la mano—. «Cinco minutos», dijeron, «ni uno más». Un desahucio es un desahucio. No hay piedad en ese acto.

Bruma mira a Oona, pero la pequeña no habla. Le cuesta concentrarse: traga saliva mientras piensa con tristeza en todo lo que ha dejado en casa. En todo lo que, sabe, nunca recuperará: sus cuadernos, las camisetas, el bañador, la lámpara de colores, la mariquita del espejo del baño, los juguetes de cuando era

pequeña, el puzle de las mil piezas y el despertador del gallo. Tenedores, cucharas, botes con etiquetas en los que su madre guardaba la harina para hacer bizcochos, el arroz, la pasta, los garbanzos y el café. La estantería con los libros. Las sábanas y la manta con dibujos de pájaros azules bajo la que se apretujaba cuando tenía miedo por la noche. ¿Qué habrá sido de todo eso?, ¿se lo habrá quedado alguien?

Oona no lo dice, pero también ha pasado mucho miedo. Recuerda haberse quedado paralizada en mitad del salón sin poder reaccionar. Temió que aquellos dos policías se llevaran a su madre. Por eso se acerca ahora a la mesa y se acurruca junto a ella en busca de protección.

—No sois las únicas que habéis terminado en el canal debido a un desahucio.

—No teníamos otra salida. —Tempestad mira a su hija y después a Bruma—. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—No temáis, ahora estáis aquí. Os vamos a ayudar. Maldito sea Mármol Money... Todos en el canal lo temen.

—Pero ¿quién es exactamente?, ¿tanto poder tiene? —Tempestad nota la angustia abriéndose paso por su garganta como una araña pequeña y fría.

—Es el hombre más rico de Gran Ciudad. El Desahuciador, lo llaman.

Tempestad agacha la cabeza y guarda silencio. Oona intenta contener el llanto, pero resulta imposible. Las palabras han derrumbado el dique y las lágrimas se suceden una tras otra.

Su madre la abraza con fuerza.